

**Desviación
y
delito
en
España**

«Esquema del delito en España» (1) es la obra de un joven sociólogo, José A. Garmendía, autor anteriormente de un libro muy comentado sobre los emigrantes obreros españoles en Alemania. Su punto de vista es el de una relación permanente entre el delito y la sociedad, sobre una noción de movilidad. Es decir, si en otros momentos y por otros autores abiertos —no condenatorios— se ha considerado al delincuente como una «víctima» de la sociedad a la que no consigue adaptarse o que por alguna razón le rechaza, era en tanto que esa sociedad se consideraba como elaborada sobre valores permanentes y definitivos. El punto de partida de Garmendía es el de que la sociedad cambia continuamente en España (transformaciones demográficas, económicas, tecnológicas, etc.) y, por lo tanto, el delito no puede estar considerado en función de unos cánones fijos. «El buen obrar de antes puede considerarse a hora como malo». Y viceversa. Si en lo laboral y lo político esto es muy visible, en lo delictivo la cuestión es menos visible, pero no menos real. Su consideración del crimen no es la de que éste produzca una degeneración social, sino que es consecuencia de esa degeneración, que le es anterior. El primer capítulo del libro, «Comportamiento desviado y anomía», es básico para la exposición de las doctrinas del autor: la desviación —dice— «lleva su parte de justicia» y puede ser «la invitación

al cambio de la moral oficial». El segundo capítulo está dedicado al comportamiento desviado en los fenómenos de cambio de población, emigración exterior, emigración interior, y a la dicotomía «campesinidad». Estudia en el tercero el supuesto «fatalismo». Suicidio, adicción a drogas y alcohol. Es especialmente importante el capítulo dedicado a la llamada «delincuencia juvenil», como sector social especialmente sensible a las desviaciones producidas por los comportamientos cambiantes de la sociedad. Se considera por grandes grupos senatoriales que la juventud está descarriada o desviada de lo que ellos consideran «bueno»: «Puede ocurrir, entre otras cosas, que la juventud considere desviada precisamente esa presunta bondad». Utilizar a los jóvenes y adolescentes como chivo expiatorio de la situación es, por otra parte, una tentación para medios más bien tradicionales. La desviación de las clases es el tema del último capítulo del libro, libro que se cierra con unas conclusiones y con estas últimas líneas: «De lo expuesto se deduce que la preocupación primordial debe ser no tanto la de perseguir la desviación como la de encauzarla. Es preciso aprovecharse de la desviación, a costa incluso de una reforma de las instituciones, que siempre esconden proporciones de injusticia. Nuestra sociedad no parece constituir una excepción en el aumento progresivo de la delincuencia. Seguramente, la situación habrá de agudizarse. Interesa primordialmente responder al desafío con el cambio». El libro ofrece muchos puntos de vista que pueden considerarse como nuevos en España y, por lo tanto, capaces de ser sometidos a debate y discusión. Las bases de datos, estadísticas y citas son bastante completas. ■ P. B.

**Un
humanista
en el país
de la
«contracultura»**

A raíz del estallido en el eje Berkeley-San Francisco de esa heterogénea revolución cultural impropriadamente conocida como «contracultura», California comenzó a ejercer una particular fascinación sobre intelectuales y artistas europeos, para quienes aquel estado al borde del Pacífico se convirtió en algo así como un «paraíso reconquistado». Nada más lógico que los sociólogos se interesaran de un modo especial por aquel extraordinario bullir de heteróclitas culturas anticonsumistas, por aquella puesta en tela de juicio de toda una serie de cosas que el americano medio daba por sueltas, por aquella febril experimentación de nuevas formas de vida como necesarias alternativas al sacrosanto «American way of life». Uno de esos sociólogos, el francés Edgar Morin, pasó varios meses del 69 y el 70 ocupado en preparar un trabajo en torno a la posible evolución de la sociología y otras disciplinas a la luz de los últimos y revolucionarios descubrimientos biológicos. Producto, entre otros, de aquella estancia en tie-

rras americanas es este *Diario de California*, que ha publicado en España la editorial Fundamentos (1).

Cuando Morin llega a California, invitado por el instituto Salk de estudios biológicos de San Diego, el movimiento «contracultural» ha alcanzado su apogeo y está iniciando ya su reflujó, proceso éste que iba a acentuarse a partir del regreso de Morin a Europa. En efecto, gran parte de las comunas que se fundaron en California durante los años sesenta, y algunas de las cuales Morin tuvo ocasión de estudiar, han acabado disolviéndose por culpa sobre todo de las tensiones surgidas entre sus miembros, que no fueron capaces de superar celos, envidias y rivalidades, pero también por la falta de conexión entre unas comunas y otras: no llegó nunca a establecerse esa comunidad de comunas con que sueña Morin en algún lugar de su *Diario*. Tampoco puede decirse que hayan conocido mejor suerte otros movimientos contestatarios y más o menos pintorescos, como el Youth International Party, que fundaron Jerry Rubin y Abbie Hoffman, y que, tras el éxito que supuso el Festival de Woodstock, sufrió un grave revés con motivo de los trágicos sucesos de Altamont, cuando un jo-

rece dispuesto a perdonar toda esa confusión ideológica, esa falta de teorización en favor siempre de la praxis. Para él lo importante es que allí algo se mueve, que allí se busca, se experimenta, se siente una ingente necesidad de saltar barreras, de desarrollar potencialidades largo tiempo reprimidas, de acabar de una vez con un concepto tan falaz como es el de «sentido común». Más le preocupa, sin embargo, la tendencia a la «estalinización» de ciertos grupos radicales. No puede soportar, por ejemplo, la vista de Angela Davis saludando con el puño cerrado. Para él, que alguien reclame libertades bajo la bandera del partido comunista suena un poco a hipocresía. Cualquier referencia al PC parece traerle «ipso facto» a la memoria los tanques soviéticos en las calles de Praga. Para el sociólogo francés, los Estados Unidos, el país donde el desarrollo tecnológico ha alcanzado su más alto nivel, es el lugar donde puede darse mañana la auténtica revolución. Esto no deja de ser una corazonada, un voto piadoso todo lo más: no se ve muy bien por qué el despilfarro capitalista habría de tener más fácil remedio que, por ejemplo, la burocratización de los actuales regímenes socialistas.

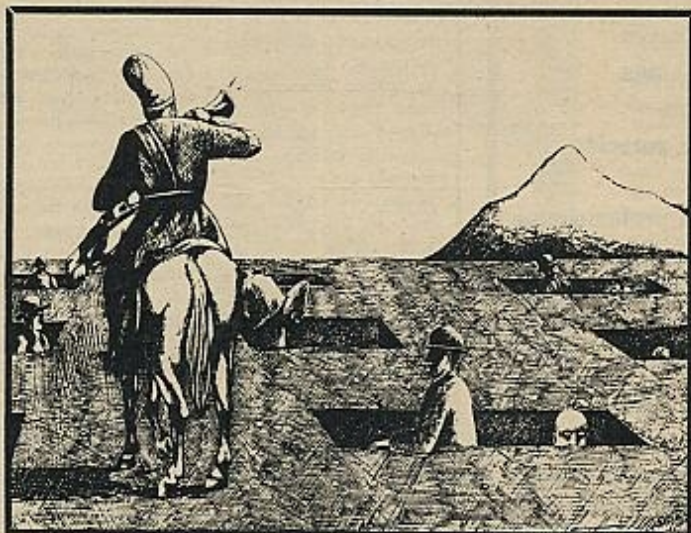
Edgar Morin refleja muy bien en su *Diario* el carácter desordenado y marcadamente utópico de esa que él llama revolución cultural: esa singular amalgama de filosofías y religiones de distintas épocas y civilizaciones en la que el marxismo-leninismo, el anarquismo individual o comunitario, el budismo, el cristianismo, lejos de excluirse entre sí se complementa tan mutuamente. Morin pa-

recerle el carácter desordenado y marcadamente utópico de esa que él llama revolución cultural: esa singular amalgama de filosofías y religiones de distintas épocas y civilizaciones en la que el marxismo-leninismo, el anarquismo individual o comunitario, el budismo, el cristianismo, lejos de excluirse entre sí se complementa tan mutuamente. Morin pa-

Varias veces a lo largo de este *Diario* hace Morin hincapié, y aquí si le seguimos sin titubeos, en la necesidad de superar el pensamiento alternativo —expulsión de la contradicción— mediante un pensamiento auténticamente dialéctico, que es el único que puede contribuir al progreso «cualitativo» de la humanidad, el que realmente importa.

El interés de este *Diario* estriba, más que en las respuestas que pueda ofrecerle al lector (muy pocas), en las preguntas que continuamente suscita su lectura. Y es que tan interesantes como puedan ser las observaciones de Morin sobre los movimientos contestatarios

(1) Traducción de Carlos Manzano.



(1) José A. Garmendía, «Esquema del delito en España». Plaza & Janés, Sociedad Anónima. Colección «Testigos de España». Barcelona, 1973.